

# Teoría de la verdad: sobre ciencia y verdad

**Alfonso Pérez de Laborda**  
*para Teresa Pellicer*

La verdad en cuanto ligada al lenguaje ha de ser concebida simultáneamente como coherencia y como correspondencia. Pero la palabra es siempre, a la vez, impotencia y fuerza creadora. Ahí es donde se sitúa realmente el tema de la verdad. La razón nos sitúa ante la responsabilidad de un proyecto y unos fines. La ciencia nos acerca a la verdad de lo que es la realidad en cuanto "acción racional de la razón práctica". Se trata de un proceso de "empastamiento" o progresiva coherencia, que no llega nunca a "tocar" la realidad. Hay una relación dialéctica entre nuestro juicio y la realidad. Nuestra imputación de realidad se nos convierte en un "juicio de verdad" hermenéuticamente desvelada.

La verdad como correspondencia contiene un mensaje al que terminamos siempre por llegar: nuestros decires terminan por no poder ser cualesquiera; en definitiva, no podemos decir lo primero que nos viene en gana, porque diciendo lo que decimos queremos decir realidad. Pero, sin embargo, con esto que termina siendo un deseo, no por ello hemos de recibir que haya una correspondencia entre palabras de nuestro decir con objetos de la realidad; ni palabras sueltas, ni frases o proposiciones. Porque, ahí, en lo que toca a las palabras, frases y proposiciones de nuestros decires, aparece como más aceptable una concepción de la verdad como coherencia: nuestros decires de racionalidad se engarzan unos en otros y toman su valor en ese engarzamiento, y no en objetos o racimos de objetos de la misma realidad, como si ésta se nos diera, sin más, en nuestro discurso. Mas de que se vea como cierto que la racionalidad no va por pensamientos o decires sueltos, ¿cómo o por qué llevaríamos las cosas de la verdad como coherencia hasta el extremo de decir que, en definitiva, todo lo racional es real y todo lo real es racional? Esta confusión de nuestros pensamientos e ideas con lo que sea real es signo, probablemente, de una demasiada ilusión en los propios pensamientos, como si, por necesidad, y dadas unas cuantas reglas probablemente metodológicas, todo lo que uno pensara fueran certezas, o derivados lógicos de unas certezas primeras. De otro lado, en cambio, sí que sería bueno que lo racional buscara siempre la coherencia de sus razo-

nes, y que en sus investigaciones sobre la realidad nuestra acción racional de la razón práctica se sirviera de la coherencia racional como de un criterio decisivo. Mas, ¿criterio decisivo para qué? Para llegar, precisamente a expresar la adquisición de una convicción sobre la realidad, o sobre una parte de ella. Una convicción que no es un decir cualquiera sobre la realidad, sino que busca racionalmente que ese decir de pensamiento diga con la mayor precisión posible la realidad, al menos en una parte. Y que es, además, una convicción de emperramiento; no una convicción que es emperramiento irracional, sino, al contrario, que busca ser emperramiento de racionalidad. Pero hay aquí algo oscuro que subsiste siempre, una ambigüedad radical; porque nuestro decir, la palabra, está también preñada de impotencia y de una voluntad que hace infinitas también las posibilidades de engaño. Porque el emperramiento es demasiadas veces obcecación culpable: de ahí que el emperramiento racional al que me refiero no parece que sea, única ni, quizá, primariamente, la base de nuestro decir, por tanto de nuestro logos. Pero las cosas del decir no han terminado aún con ese lugar de impotencia y obcecación, pues hay un decir, una palabra, un logos, que se da en nosotros como un exceso, que se nos da en su excesividad — en un lugar de excesividad—, y desde ahí se nos ofrece como posibilidad de comprensión de la realidad misma, la cual también, ahora, ahí, se nos dice como logos, como una palabra cargada de fuerza, de fuerza recreadora, de fuerza creadora. Y es ahí, seguramente, en donde tiene pleno sentido hablar de la verdad.

El ejemplo que sigue valga para hacer ver los implicaciones más elementales de algo de lo que quiero decir aquí. 'Nos veremos a las dos'. Esta afirmación tan sencilla termina siendo de una complicación y complicidad asombrosa, aunque ninguna dificultad pueda tener en que, efectivamente, nos lleguemos a ver a las dos. Dejo de lado todo lo que tiene que ver con el 'nos veremos', para poner la atención solamente en el 'a las dos', expresión que sólo tiene sentido en la coherencia de mi propio universo, compartida para que lleguemos a vernos puntualmente 'a las dos'. Pero de una coherencia que, pasando por los problemas energéticos de nuestra sociedad de los años setenta, lleva a decir 'a las dos' porque estamos ahora en horario de verano, pues en invierno hubiera dicho 'a las dos' para encontrarnos en realidad 'a la una', a la que con los demás, sin embargo, hubiera llamado 'a las dos', teniendo en uno y otro caso quizá sólo una vaga idea de que en realidad en ambos casos hubiera debido decir, para no caer en posibilidad de error, 'a las doce', pero sabiendo que a esa hora en invierno la llamamos 'a la una' y en verano 'a las dos', por lo cual al decir en invierno 'a las dos' digo, del verano, 'a las tres', como consecuencia de lo cual en invierno hubiera debido decir 'a la una' para que el momento de vernos, 'a las dos', hubiera coincidido con el del verano. Eso es demasiado fácil todavía, pues cuando digo 'a las dos', que significaría 'a las doce', en realidad hubiera debido decir, por ejemplo, 'a las doce y cuarto' para vernos realmente 'a las doce', que sería 'a las dos', pues cuando decimos 'a las doce', nos ponemos

en hora con un meridiano que pasa por Greenwich, y no por Avila, y que rije el huso horario en el que nos ubicamos. En realidad, 'a las doce', significa que es el momento preciso —por ir a los orígenes— en que la sombra de un palito clavado en el suelo tiene su menor longitud; sombra que depende, además de que haya sol para hacer la medición, del día en que la haga, pues cada día del año —coincidiendo esa longitud cada seis meses, una vez en longitudes crecientes y otra en decrecientes— esa sombra varía en su longitud al 'mediodía', por lo que no me fijo, para decir 'a las doce', en la medición de su longitud, sino en el mero hecho de que en el momento anterior la sombra sea más larga y en el momento posterior también, o lo que es lo mismo, se espía cada día la altura máxima de la estrella Sol en su siempre diferentemente fijo 'caminar' anual en el horizonte propio del planeta Tierra de quien dice 'a las dos'. Para colmo, sólo nuestra civilización dice 'a las doce' para quedar a la hora en que nosotros hemos quedado, porque ellos utilizan otras convenciones; sin embargo, con una traducción adecuada hubiéramos sido capaces de llegar con puntualidad, más o menos en idéntico momento. No todo termina ahí, pues la sombra a la que se refiere el 'a las dos', se debe a la confluencia actual, podríamos decir que epistémica, del planeta Tierra con la estrella Sol, pero en (lo que entendemos antrópicamente como) la historia del cosmos, obviamente, no ha sido siempre así y no lo será en el futuro, estando en dependencia del 'tiempo'. Por todo ello, parece claro que el 'a las dos' no podría entenderse si no fuera mediante el 'criterio de la antropicidad', y a la vez hay que decir que no es un mero decir, sino que apunta una correspondencia con lo real. En definitiva, la verdad del 'a las dos' —dejando a un lado, lo que ya es dejar, el conjunto entero del 'nos veremos a las dos'— es siempre una 'verdad de coherencia', pero que tiene un aspecto, punto, y un punto clave, sin el que todo termina por ser un sinsentido, más aún, un radical desentenderse, y que la enraíza en la 'verdad como correspondencia'. Sin el juego entre ambas, y el enraizamiento emperrado de la segunda, no habría realidad, o utilizaríamos una mera 'realidad convencional', seguramente cambiante según nuestros intereses, es decir, según los intereses de quienes detentan el poder entre nosotros, y todo lo del conocimiento, de la información y del entendimiento entre nosotros sería, a lo más, una vaga construcción escéptica.

Por tanto, son dos los escollos mayores en la elaboración de una teoría de la verdad. El primero de los escollos es la creencia en que lo que decimos se corresponde, sin más, con lo que es, sea porque haya una correspondencia entre palabras y objetos, hechos o cosas, sea porque haya una correspondencia entre proposiciones y acontecimientos generadores de realidad, por ejemplo, que las teorías científicas se corresponden a las leyes que rigen la constitución y el comportamiento de los eventos de la propia realidad. Me parece que tras esta manera de entender las cosas, hay siempre, aunque de seguro totalmente ausente de sus propios orígenes, una comprensión laicizada del mundo como creación por Dios —o mejor la Naturaleza, que vendría a ocupar el lugar de Dios—: el mundo se rige por las

leyes que recibió en su creación por el Logos de Dios, y los hombres, hechos a su imagen y semejanza, al ser también logos, podemos descubrirlas y conocerlas —matemáticamente, pues las leyes de la creación son matemáticas—, por lo que podemos conocer, y llegaremos a conocer por completo, lo que el mundo es. Digo que creen en una visión laicizada del mundo como creación, pues todo el valor del Dios creador pasa de ser Persona a ser, meramente, el Gran Matemático, el Gran Constructor. Así, todo conocimiento, si tomamos ciertos cuidados metodológicos, sin los que todo el tinglado fallaría, sería, sin más, conocimiento de realidad y la expresión en palabras, en asertos, de nuestro conocimiento daría en la diana de los hechos —hay que reconocer que, por ahora sólo en parte, pero el progreso será inexorable—, de lo que es la realidad del mundo. Como si la pretensión emitida por la proposición estuviera justificada: «si se puede hablar de correspondencia es, por tanto, más bien para significar que el punto de vista abstracto que la proposición construye y representa está bien fundado» (Jean Ladrière). Esta manera de ver puede tener dos vertientes muy diferentes pero que en lo que toca al núcleo de la cuestión son similares. La primera considera que todo lo real es racional, porque todo lo real es descubrible por lo racional, y desde ahí todo lo racional real. La segunda, sostiene la creencia de que las teorías científicas tienen una base empírica y experimental que las verifica o que, para otro y más sutilmente, las corrobora, y por ello el conocimiento científico nos hace conocer la realidad tal como ella es.

Así como el primer escollo procede de la consideración de la acuidad de la razón en nuestro trato con la realidad, seguramente de una razón que es entendimiento iluminativo, el segundo proviene de llevar hasta el límite más extremo el habernos dado cuenta de que nuestro trato con la realidad se hace a través de una inmensa maquinaria, la que construye nuestra razón, el conjunto entero de la maquinaria racional, una de cuyas características más decidida, valiente y valiosa es, obviamente, la coherencia del complejo entramado de las razones que la constituyen. La razón no es tenida como una iluminación, sino como una red que se construye apropiadamente para 'pescar' a la realidad, o trozos de ella. Ahora, seguramente, la razón es tenida como un complejo rumiar y dar vueltas en la cabeza a los problemas para enfrentarnos a ellos y encontrar soluciones, pero soluciones encadenadas, enredadas, pues se sabe que la capacidad que tenemos para actuar de esta manera es lo que, evolutivamente, nos ha posibilitado ser quienes somos, conocer la realidad como la conocemos, habernos construido el mundo que nos hemos construido. Hasta el momento no parece que el escollo sea tal, antes al contrario. Sin embargo, en esta manera de comprender las cosas de nuestra razón, fácilmente se da un emborrachamiento de racionalidad, un quedarnos de tal manera admirados por la potencia de nuestra máquina que, sin darnos cuenta, creamos que es ella la que segrega realidad, de que nada es real si no es algo de lo que esa maquinaria imponente nos ha producido. Hay como una soberbia de la razón que lleva a considerar que todo lo racional es real, porque todo lo racional tiene el mérito de ser

lo real, y desde ahí pensar que todo lo real es racional. Pero éste es un pensamiento que se encuentra encerrado en sí mismo, prisionero de sí mismo, raptado por sus propias fuerzas. Llegados acá, ya toda locura es posible, todo alejamiento de la realidad, toda suplantación de realidad.

Pero, podría tratarse, sin más, de dos teorías rivales de la verdad; sin embargo, acá han sido tratadas de escollos, ¿por qué? Porque ambas teorías de la verdad apuestan por la certeza. Sus sostenedores piensan que los resultados obtenidos con esa maquinaria adaptativa de la razón que nos ha tocado en suerte a los hombres, sin duda que maravillosa, como fruto último de su hacer produce certezas. Certezas en el sentido de convicciones absolutas, sin posibilidad alguna de entrar en duda sobre ellas. Certezas, pues, que no ponen en duda que su fruto nos desvela cómo es 'de verdad' la realidad con la que nos topamos. Si hay duda, más bien será una duda filosófica que surge *a priori* en esos presupuestos metodológicos a los que ya he hecho alusión, pero en ningún caso duda sobre los resultados, aunque éstos lleguen a alargarse dificultosamente a través del tiempo.

Llegados aquí, si de ninguna manera podemos optar a certezas, ¿será necesario que caigamos en alguna suerte de escepticismo que reduzca la teoría de la verdad a algún 'todo vale', porque, al fin y al cabo, 'todo es lo mismo'? No. Dos razones pueden ser aducidas. La primera se refiere al camino de hominización que nos tiene a nosotros como su resultado. La segunda, a la responsabilidad con que nos encontramos. No puede negarse la asombrosa habilidad que la especie humana ha desarrollado para sobrevivir en un mundo tan adverso y para construirse en él un mundo propio. Ninguna otra especie lo ha hecho como la especie humana. La vieja palabra de "creced, multiplicaos y dominad la tierra" la vemos como la profecía de una realidad verdadera, incluso hasta el punto de que somos conscientes de la peligrosidad de ese 'dominio'. Entre las muchas cosas que, en conjunto, han hecho posible ese éxito de la especie humana en lo que han sido sus "proyectos" y sus "fines", seguramente la herramienta más importante haya sido la razón. No veo razón aceptable para dudar de ello. Pero, porque las cosas son así, y por el dominio que tenemos nosotros mismos, sobre el mundo entero — sobre la creación entera que nos mira expectante, como dicen otras viejas palabras—, tenemos una gran responsabilidad de la que no podemos zafarnos. La responsabilidad de un "proyecto", de unos "fines". El escepticismo aquí es meter la cabeza debajo del ala.

Al contrario, el peligro es, más bien, la euforia, incluso la soberbia, pues somos muy conscientes de que esa razón, y todo lo que la posibilita y lo que ella conlleva, que es nuestro más claro elemento diferencial con respecto a las demás especies animales, nos ha producido la ciencia. Y, se piensa, ésta si que es el elemento definitivo que nos hace llegar a la verdad.

A veces se piensa que la ciencia es la punta de lanza de esa labor del entendimiento humano que nos lleva a la verdad, es decir, al conocimiento de la realidad del mundo y, por él, a su manipulación. De que es la punta de lanza de esa labor, no me cabe ninguna duda, pero no comparto que

'nos lleve a la verdad'. La ciencia es una parte, importante, de la acción racional de la razón práctica, pero, sólo por sí misma y desvinculada de todo el resto, nada nos diría sobre la realidad, pues si nos dice algo sobre ella se debe, precisamente, a que no puede desvincularse de esa acción. Si lo hiciera no podría ser ciencia. La ciencia, para emplear una metáfora, es la piedra de sílex, es decir, el instrumento, que nos hemos construido para estar en el mundo de acuerdo con nuestras posibilidades. Al comienzo esa piedra está muy toscamente labrada, luego, cada vez se perfecciona más, de ahí que lo que mediante ella podamos hacer cada vez sea más elaborado. Con ella podemos imaginar nuevos y cada vez más lejanos "proyectos" y "fines". Pero hay un sujeto y hay una capacidad de acción racional que convierte nuestra acción imaginaria en acción de realidad sobre el mundo y sobre nosotros mismos, sobre la realidad misma, descubriendo realidades y creando nuevas realidades. La verdad se nos ofrece, pues, en esa acción racional de la razón práctica, cuyo instrumento más adecuado termina por ser la ciencia. Pero, lo acabo de decir, a través de mediaciones obvias: una ciencia que tiene sujeto, sujeto capaz de imaginar lo que es la realidad y de cómo quiere que, al menos en parte, llegue a ser. Se podrá pensar que decir tal cosa es exagerar la antropocidad, pues nada podemos 'hacer' para que el momento de la explosión inicial hubiera sido otro del que fue. Sin embargo, en ningún caso podemos olvidar que esa explosión inicial con la que se inició el cosmos se no está dando en el conocimiento, pues ni somos ni jamás podremos ser 'espectadores objetivos' del momento  $t=0$  —¡si es que la teoría cosmológica del big bang que inventara Georges Lemaître sigue durando por mucho tiempo más y no se ve inundada de infinitos agujerillos negros!—, y es seguro que todavía nos quedan muchas cosas por 'hacer' en eso de la explosión inicial y del inicio del tiempo. Si alguna vez las teorías científicas parecieron dibujos abstractivos y realistas, como representaciones en el mundo de las ideas de lo que es el mundo de la realidad, representación de las esencias mismas de cómo es la realidad, hoy estamos muy lejos de verlo así. Nos basta con decir algo mucho más humilde, y finalmente mucho más grandioso, "hacemos lo que podemos".

Pero, de nuevo, no es ésta una actitud de escépticos, sino que es lo que suelo llamar el fruto del emperramiento de la acción racional de la razón práctica, que trabaja por esfuerzos sucesivos de empastamiento. Allá a donde hemos llegado, por ejemplo con nuestras teorías científicas, no es un lugar baladí que podamos abandonar como insensatos. No, nada de eso, el camino para llegar a ese lugar ha sido duro, las etapas muy largas, los puerros de fantástica altura, son demasiados los héroes que, tras muchas victorias, han quedado finalmente en la cuneta del cansancio, del agotamiento, para que nosotros no nos sintamos racionalmente solidarios de su acción. Porque el suyo ha sido un trabajo racional, "han hecho lo que han podido", pero han podido mucho con su instrumental, han producido una acción racional de conocimiento y de manipulación del mundo decisivas, que nos han mostrado su valía, la justeza de sus puntos de vista, la rectitud de sus

razonamientos. Por eso una teoría científica, o el conjunto magmático de las teorías científicas no se pueden abandonar por causa del primer picor que llegue o del primer esoterismo que se nos predique. No, aquí está la labor decisiva del emperramiento, que es la única actitud racional de la que somos dignos. Por eso, al tratarse de un emperramiento racional está siempre dispuesto —¡con las debidas cautelas, pues somos hombres!— a abandonar las posturas que ha defendido cuando se ve convencido por nuevas razones, nuevas experiencias —¡quizá nuevas modas!— que le llevan a abandonar esos emperramientos por otros, una vez que ha llegado a la convicción de que seguir hoy defendiendo aquéllos, ya no es racional. El emperramiento, por tanto, está íntimamente ligado a la razón y al cambio de tiempo.

Pero, decía, hay algo más que ese “emperramiento en la validez” de nuestras teorías, y es lo que llamo la labor de empastamiento. Porque ni las teorías son únicas —aunque los físicos siguen buscando la teoría unificada, ésta sólo lo sería de los fundamentos de la física, no de la ciencia entera—, ni ellas tampoco van por suelto. Se engarzan unas en otras. Se apoyan unas en otras. La retórica es aquí también extremadamente importante. Seguramente también las modas, o al menos ese cierto aire de familia de todas las fotos de una cierta época. Unas teorías están en dependencia de otras. Unas son paralelas a otras. La teoría de la evolución, por ejemplo, salta como analogía que se puede utilizar en la consideración de una cosmología que nos ofrezca la historia del cosmos, pues hace razonable y urge la necesidad de que los datos cosmológicos se integren en un tiempo cosmológico unitario; así, eventos estudiados por la teoría de la relatividad, por la astronomía y por la teoría de partículas elementales, se unifican integrándose en una teoría cosmológica única, la teoría del big bang —¿por cuánto tiempo? . Y ello, sabiendo muy bien que no sabemos muy bien qué es globalmente la teoría de la evolución en la propia biología. Sin embargo, nos sirve de analogía para unificar con coherencia racional, porque científica, eventos que, de otra manera, estarían dispersos. Porque, es evidente, todos nuestros saberes, incluidos, claro está, los científicos, se dan en cierta manera unidos, entrelazados formando una sola unidad, interfiriéndose unos en otros, dentro de un único “proyecto” y de unos únicos “fines”. Es esencial a la acción racional de la razón práctica esa labor de empastamiento, que no es otra que la labor de coherencia: no es digno, racionalmente, pensar acá una cosa y allá otra. Esto supone que los terrenos de esa acción racional, como las teorías científicas, están interrelacionadas, de manera que unas tienen consecuencias que tocan a las otras. Aunque, como en muchas ocasiones ha acontecido, las consecuencias de “faltas de paralelismo”, de “faltas de simplicidad” o de “faltas de belleza” llevan muy lejos. Pues aceptar que dos teorías tienen que conllevar una falta importante de paralelismo conceptual es labor arriesgada para quien lo percibe: enseguida pensará que ahí hay algo extraño que ha de tener consecuencias para una o las dos teorías científicas, y que se debe sacar de ahí todas las consecuencias nece-

sarias, por graves y revolucionarias que puedan parecer. Así nacieron los primeros escrúpulos sobre el electromagnetismo que terminaron por llevar a Albert Einstein a enunciar la Teoría de la relatividad, que luego llamamos especial, pues enseguida él mismo buscó su generalización en la Teoría general de la relatividad.

Uno de los debates más apasionantes que se dan hoy en filosofía de la física —luego, al final, explicaré por qué no me limito a decir: en física— es todo lo referente a los Teoremas de Bell. La cosa viene de lejos. En los años veinte, tras la necesaria adopción de que la energía no es continua sino que deben considerarse los cuantos de acción de Max Planck, lo que da lugar a la física cuántica, como sabemos, se elaboró la Mecánica Cuántica. Entre las muchas cosas asombrosas que en ella se daban, estaba el principio de incertidumbre de Werner Heisenberg: no se pueden conocer a la vez la posición y la energía de una partícula; si nos aproximamos cuanto queramos a uno de los valores, el desconocimiento del otro se hace cada vez mayor, hasta el punto de que, en el límite, la delimitación exacta de la posición, nos hace desconocer absolutamente su energía. ¿Cómo entenderlo? ¿Principio de indeterminación de la naturaleza misma, que sólo es conocida por un observador cuando la mide, pero interfiriéndose radicalmente en esa medida, hasta el punto de que debemos afirmar que lo conocido de la realidad es sólo, precisamente, esa interferencia? ¿Producto de unas leyes que son de naturaleza estadística, en la que la probabilidad es entendida como medida de nuestro desconocimiento, lo que, por tanto, se transmite al conocimiento que tenemos de la naturaleza? Por el contrario, ¿ley normal de la naturaleza, como todas las demás, a la que se ajusta la realidad y que no debe darnos ninguna preocupación filosófica, basta, simplemente, con aplicarla cuando toque? Pareció que debía abandonarse para siempre la causalidad y el determinismo, para caer, digámoslo así, en un perpetuo indeterminismo y acausalidad. Más aún, la Mecánica Cuántica rige unos eventos sumamente novedosos en la física: unas partículas que en ocasiones se comportan como ondas, pues su comportamiento es extremadamente ambiguo, dependiendo del tipo de experiencia que sobre ellos hagamos, son “paquetes de ondas” que, en el momento de la medición se “colapsan” en “partículas”. Pero, claro, al instante debemos preguntarnos, ¿cómo ‘sabe’ la partícula cuándo debe comportarse como partícula y cuándo como onda, sin jamás fallar? Niels Bohr, para poner orden, habló de algo bastante confuso, la “complementariedad” entre onda y partícula, y dijo que el físico no debe dejarse llevar por la claridad de las imágenes ni de onda ni de partícula, sino “por la complementariedad de ambas”. Todavía se discute qué quiso decir y su valor. Para Einstein algo en la Mecánica Cuántica no iba, pues se rompía un principio sacrosanto de la ciencia: el realismo. Para él, la ciencia habla claramente de realidades claras; cuando hay faltas de claridad se debe a que la teoría no está todavía completa. Por eso, pensó que la Mecánica Cuántica, indeterminista y acausal, sería un día substituida por otra teoría que, luego, seguidores suyos dirán ser teorías de “variables ocultas”,

porque todavía ocultas para nosotros en el estadio de la ciencia actual, que, en todo caso, volvería a ser una teoría determinista y causal. Las discusiones, primero entre Bohr y Einstein, fueron épicas. Más tarde, John Bell enunció sus Teoremas, que son desigualdades que deben cumplir ciertas mediciones realizadas sobre lo que llamaremos unas “partículas elementales gemelas”, a las que se llega tomando en consideración qué habría de ocurrir en la física cuántica si se toma en serio el realismo einsteniano, en el que se dan dos supuestos: los elementos que componen una teoría se corresponden con elementos existentes en la propia realidad y esos elementos tienen propiedades propias, por ejemplo el estar localizados en un lugar preciso. La guerra fue frontal, se jugaba la existencia de una de las teorías más consolidadas de toda la historia de la física, la Mecánica Cuántica. Por fin, en una serie de experimentos —que se supuso eran ‘experiencias cruciales’— que culminaron en los realizados, en 1982, por Alain Aspect, la cuestión quedó zanjada: lo que se cumple rigurosamente es la Mecánica Cuántica. ¿Qué significa esto?

Algunos tienen interés en hacer ver que, a pesar de las épicas discusiones que mantuvieron, Bohr y Einstein estaban mucho más cerca de lo que pensaban, pues el realismo einsteniano es profundamente bohriano. Quienes pensaron que el ‘experimento crucial’ decidiría por las teorías realistas y locales que han llevado a los Teoremas de Bell, al punto dejaron de considerar que sus posturas quedaban desautorizadas por la victoria de la Mecánica Cuántica, y que podían seguir manteniendo su realismo, a pesar de todas las raras cuestiones que ésta planteaba. Para otros, simplemente, eso de pensar en un ‘experimento crucial’ tiene algo de ciencia ficción, y buscan las vueltas y los recovecos que hacen más que cuestionables, dicen ellos, los experimentos de Aspect y sus amigos. Para muchos, la cuestión es clara, no hay ninguna dificultad en aceptar que la información entre las dos “partículas elementales gemelas” viaja a velocidad mayor que la de la luz, sin problemas de que eso viole uno de los dogmas formadores de la teoría de la relatividad. Para otros, queda probado que las partículas elementales no “están en ningún lugar”, pues sostienen que, tras los experimentos de Aspect, queda claro que la localidad no existe, o que no existe la separabilidad, o que existe la no-separabilidad, o que existe la no-localidad, etc., etc. Todo podría cambiar, piensan otros, si hiciéramos una nueva definición de la causalidad de manera que en ella cupieran todas las anchuras de la Mecánica Cuántica. Nada importaría si, como antes hemos dicho ya, sostuviéramos con otros que el único problema es que la naturaleza tiene los comportamientos que tiene, y el único realismo es aceptarlo sin chistar. En fin, no sigo porque es un tema de enorme complejidad<sup>1</sup>. En todo caso, mi idea es clara, todo este magnífico problema, quizá sea un problema de física pe-

---

<sup>1</sup> Luis A. Reyes está ultimando un apasionante estudio sobre esta cuestión, que espero pronto verá la luz. En un artículo que se publicará próximamente, *¿Tiempo o incertidumbre?*, afirmo algo más de lo dicho acá.

ro es claro como la luz del día que, sobre todo, es un problema de filosofía de la física o, mejor aún, de filosofía. Como siempre, las soluciones que se apuntan lo son desde coherencias globales que sobrepasan con mucho a lo acá tratado, pues forman parte del “punto de vista sobre el mundo” en el que se encuentra cada uno; son soluciones en coherencia con multitud de cosas que sobrepasan el ya mero ‘problema del experimento de Aspect’. Es lo que llamaba empastamiento.

Podría pensarse que aquí verdad es asimilada a ‘acertar en última instancia’, es decir, que nuestra acción racional de la razón práctica tiene la propiedad curiosa de acertar, globalmente, en las medidas que ha tomado en el tiempo y que está tomando ahora, con la esperanza de que las cosas no se le tuerzan en el futuro, y de acertar tanto en el conocimiento como en la manipulación del mundo, sobre todo cuando de su instrumental científico se trate. Algo de eso hay, qué duda cabe, pero sacar de ahí, sólo de ahí, una concepción de la verdad sería de una absurda cortedad. Tiene esa propiedad curiosa, porque estamos adaptados con perfección al medio amplísimo en el que nos encontramos, que en nada queda reducido al nicho en el que nacimos, como acontece en los demás animales. Cerebro, mano e imaginación nos han abierto posibilidades infinitas para acrecentar el medio hasta hacer que el universo entero sea nuestro nicho, sin que nada se nos escape. Si ‘acertáramos’, del universo entero se trataría.

Pero las cosas van mucho más allá. Lo definitivamente importante es nuestra capacidad de buscar “proyectos” y de encontrar “fines”, colectiva e individualmente. Si ‘acertáramos’ o no, es en ellos en donde lo haríamos. Con nuestros proyectos y fines racionales —si por razón se entiende, claro es, no una mera razón lógica, sino la razón práctica en su acción— construimos una imagen de nosotros mismos y del mundo, de cómo somos y cómo queremos llegar a ser, de cómo sea el mundo y de cómo queremos que llegue a ser, en aquello que sospechamos está en nuestra mano, e incluso en aquello que tenemos la certeza de que nos supera. Toda esa labor, toda esa acción racional no es vana.

Como ejemplo, veamos de nuevo qué es lo que acontece con ese instrumental de esa acción que es la ciencia. Una maraña de problemas y de búsqueda de soluciones, con una práctica antigua de lo que fueron antes los problemas y de las soluciones que se dieron. La historia de la ciencia nos ha enseñado mucho de cómo funciona ese maravilloso instrumental. De cómo funciona con criterios de coherencia y de generalización, de cómo está muy atenta a sus empujones y a abandonarlos cuando hay que hacerlo, aunque lo haga como nos lo enseñaron, entre otros, Thomas S. Kuhn. De cómo es un trabajo que tiene una base experimental, de la que va elevándose por “triangulaciones”, al estilo de como hacen los topógrafos, a terrenos cada vez menos cercanos a esa base, más dependientes de decisiones racionales arriesgadas que, asumiéndolas siempre, deben volar más alto cada vez hacia terrenos más abstractos, que se sitúan cada vez más en el nivel del pensamiento. No es que al final de ese proceso salga como

una mano que toca un 'hecho' de la realidad con lo que todo lo que hacemos queda verificado o corroborado —ya lo dije—, quizá mediante el recurso a 'experimentos cruciales'. No, si corroboración o verificación hubiere se debería a la valoración que del conjunto hagamos nosotros mismos, es decir, seguiría siendo una acción racional de la razón práctica, actuando en su labor suprema, que es la del "juicio de realidad". Este juicio tiene una doble vertiente. Primeramente nosotros enjuiciamos a la realidad y cómo sea ella. En segundo lugar, la realidad misma enjuicia nuestro propio juicio para darle valor o para hacerlo cambiar. Ese juicio es, por nuestra parte, una "imputación de realidad", y la realidad no es indiferente a esa imputación, haciéndonos saber si esa imputación es "acertante" o no, si es "válida" o no, si nuestros "proyectos" y "fines" son verdaderos o falsos. Ahí es, pues, en donde esa "imputación de realidad" se nos convierte en un "juicio de verdad". La verdad, pues, estaría ahí.

Debe de notarse, por tanto, que esa labor suprema de la acción racional de la razón práctica a la que he llamado "juicio de realidad" se da en el ancho campo de la hermenéutica y de la tradición. Pues, así como, ya lo dije, la "retórica" ha sido esencial en el proceso, debemos meditar profundamente que ahora es esencial la labor de comprensión "hermenéutica" y que ésta, además, se hace siempre desde una "tradición". Mediante ellas el "juicio de realidad" se hace "juicio de verdad". La "verdad" en ningún caso es un 'algo, cuando llegamos a ello, dado de una vez por todas', sino una "comprensión de desvelamiento que, en las sucesivas situaciones, se nos va haciendo patente, dentro de una tradición". Porque la "coherencia", evidentemente, es siempre relativa a un contexto, a un punto de vista, al lugar en el que se está, al tiempo en que se vive, siempre, lo repito, perteneciendo a una tradición. Y no son absolutos ninguno de nuestros contextos, ninguno de nuestros puntos de vista, ninguno de nuestros lugares, ninguno de nuestros tiempos. Hay aquí todavía mucho que desbrozar, mediante lo que he llamado la "comprensión de desvelamiento".

Vamos a ver, sin embargo, que no todo ha terminado todavía en nuestro discurrir en torno a la verdad.

Hubo un tiempo en que se creía que todo saber sobre el mundo estaba encerrado en la Biblia. Esta manera de ver nos lleva hoy a un 'fundamentalismo creacionista' por el que se rechaza como horrenda toda ciencia que no esté en la línea de esa interpretación. Se tardó mucho en ver que en la Biblia se lee no cómo es el mundo, sino el qué debemos hacer y cómo encontrar el sentido a lo que somos, aspiramos y hacemos para "ser salvos"; quién es para nosotros el Camino, la Verdad y la Vida. Hubo otro tiempo en que se creyó que todo lo sabríamos leyendo el 'libro de la naturaleza', incluyendo lo que sabíamos sobre Dios. Esta manera de ver nos lleva de un mundo matematizado a un Dios Gran Matemático. Una y otra postura son hoy resultado de una mala hermenéutica. La Biblia debe ser interpretada si es que queremos saber lo que la Palabra de Dios nos dice, y toda lectura no ya de su letra, sino de su tinta, es mero fundamentalismo que, finalmente,

nos llevaría a poner en ella lo que queramos y a no estar a la escucha de lo que nos dice. Así mismo, una lectura fundamentalista del 'libro de la naturaleza' nos lleva desde una falsa percepción de lo que es el mundo hasta una falsa percepción de quién sea Dios; y, por ahí, hasta una falsa percepción también de quiénes somos, de cuáles son nuestros "proyectos" y nuestros "fines".

En ambos casos falta la hermenéutica. En ningún caso debemos quedarnos con la letra —y menos aún chupar la tinta—, sino que nos es de necesidad hacer una labor de valoración y comprensión de lo que es nuestro decir sobre la realidad. Ahí está la punta de lanza de la acción racional de la razón práctica. Sólo entonces la "imputación de realidad" se nos convierte en un "juicio de verdad".

Para terminar, dentro de esa comprensión de la coherencia última de nuestros decires, hay que pensar que, efectivamente, el mundo es creación, ha sido creado por Dios, por el Logos creador de Dios, y nosotros hemos sido hechos "a su imagen y semejanza", somos logos, por tanto. Ahí está, de verdad, el punto clave de nuestra capacidad de "acertar", de nuestra capacidad de elaborar "proyectos" y de dirigirnos a "fines". Pero la esencia misma de Dios, por así decir, no es la de ser un Gran Matemático, sino la de ser Persona, la relación intratrinitaria entre Personas. Por eso, nosotros, nuestro logos, nuestra razón, tiene también como núcleo central la de constituirnos en personas, persona individual cada uno de nosotros, y la relación entre personas.

Aquí es donde se comienza a cerrar el bucle en el que se nos ha dado una teoría de la verdad. Pero, es evidente, para hacerlo convenientemente queda aún un punto clave, que acá ha sido sólo entrevisto, "la verdad del testimonio" de Levinas. Quicio de lo que vengo diciendo es lo que llamo "acción racional de la razón práctica", en donde sobre todo se subrayan por ahora, qué duda cabe, los aspectos mayores de la "racionalidad". Pero, nótese bien, *nunca* se trata de una 'racionalidad logificadora', sino del producto de la "razón práctica", así pues, de una "racionalidad encarnada", y de un producto que es "acción racional", que es acción humana, humanizadora. Mas reconozco que, además de lo ya dicho en otros contextos diferentes a lo escrito en estas páginas, todavía es mucho lo que queda por perfilar.

Avila, 7 de agosto de 1996